



GLOBALIZATION

PERSONERÍA JURÍDICA
37252 ENERO 16/90
Gobernación de Antioquia
ISSN 0123-4528

DIRECTOR
Rubén H. Fernández A.

JUNTA DIRECTIVA:
Clara Inés Restrepo M.
Gloria Naranjo G.
Jorge A. Bernal M.
Rubén H. Fernández A.
Alberto Yepes P.

COMITÉ EDITORIAL
Rubén H. Fernández A.
Sergio Valencia R.
Luz Elly Carvajal G.
Javier Iván Toro V.
Juan José Cañas R.

Editora
Luz Elly Carvajal G.

Calle 55 N° 41-10
Tel: 216 68 22 A.A. 67146
Medellín - Colombia
C.E: coregion@epm.net.co
www.region.org.co

La educación en un mundo
en el que se producen
procesos de globalización

José Gimeno Sacristán

Impunidad, soberanía
y globalización de la justicia

Alberto Yepes P.

Entre la anarquía
y el gobierno global

Jorge Giraldo Ramírez

La nueva cristianización: Una
reflexión por los otros globalizados

Carlos Andrés Zapata Cardona

Foro Social Mundial:
Otro mundo es posible

Jorge Bernal Medina

Fotografías: Carlos Sánchez E.
Diseño e impresión: Pregón Ltda.

Agradecimientos a: Club de Billares Mara-
caibo, Billarista Jorge Osorio

Para esta publicación la Corporación
Región recibe el apoyo de Novib,
Cordaid y Misereor.

EDITORIAL

LA GLOBALIZACIÓN NUESTRA DE CADA DÍA

Los seres humanos somos como los gases. Tendemos a ocupar todo el espacio disponible. Por esto la globalización, al menos entendida como esa dinámica tendiente a ocupar todo el globo terráqueo no es ni novedad ni sorpresa. Nuestro ecosistema es global. ¿Por qué no habrían de serlo los seres humanos? De hecho lo hacen desde tiempos remotos. Baste recordar las dinámicas de expansión del Cristianismo y del Islam y las muchas veces repetidas historias de creación de los imperios, que fueron, con los medios a su alcance, grandes esfuerzos de tratar de copar el territorio más allá del horizonte.

Ahora bien, la globalización nuestra de cada día que nos circunda tiene, como todas las anteriores, sus propios motores. En la actualidad es innegable que la potencia de las tecnologías de comunicación, información y transporte, se constituyen en dispositivos que aceleran el proceso expansivo.

Hay sin embargo en este proceso no pocas trampas. La primera y más importante, es de naturaleza ideológica. Se trata de hacer que todos creamos que esta modalidad de globalización hoy vigente, soportada sobre el pensamiento liberal, financiada con capitales financieros volátiles, en donde hay necesariamente ganadores y perdedores, en la que un solo Estado se pone por encima del orden legal internacional, es la única posible; que no sólo es natural, sino inevitable; que toda persona sensata no tiene otro camino que aceptarla y tratar de aprovecharla en su beneficio y que todos los que se oponen a ella tienen algo de orates.

Y ahí sí, estamos en problemas. Pues es justamente esta manera de globalizarse la que tenemos que calificar de injusta, inconveniente e insostenible. Esta globalización nos conduce directamente al desastre total y sus desastres de cada día se encargan de recordárnoslo.

Pero no todo el mundo está de acuerdo con el proceso tal y con la dirección que hoy tiene. De hecho, son millones de personas, a todo lo ancho del planeta, las que sufren la globalización como los excluidos de la misma y que tienen por lo mismo razones para rechazarla, o los que la resisten por las más diversas razones.

En la actualidad existen embriones de movimientos sociales globales que son portadores de banderas de muchos colores: feministas, ambientalistas, pacifistas, productores agrarios y artesanales, consumidores inteligentes y exigentes, grupos académicos, defensores de derechos humanos. Todos ellos, incorporando a sus reivindicaciones particulares la defensa de un mundo con un diseño estructural

diferente al actual, viable, más humano, más equitativo.

De esta dinámica caben destacar en primer lugar el Foro Social Mundial, en donde se congregan expresiones muy diversas pero convocadas bajo el afán de proponer y echar a andar alternativas; hoy el Foro es una realidad mundial (global) con expresiones en los cinco continentes. Hay que destacar además las dinámicas de redes como Social Watch, las coaliciones internacionales contra la tortura, contra las armas cortas o las minas antipersonales. También, grupos internacionales como Amnistía Internacional, Green Peace y la amplia gama de organizaciones civiles dedicadas a la cooperación internacional al desarrollo y a la preservación del medio ambiente. Si bien es aún desorganizado y disperso —seguramente así seguirá siendo—, hoy puede afirmarse que existe un movimiento global que trabaja con ahínco por la construcción de un nuevo orden mundial, por otra globalización distinta a la neoliberal.

Otro ejemplo interesante de que un nuevo rumbo es posible lo ejemplifica la entrada en vigencia de la Corte Penal Internacional. Allí, con muchos tropiezos y muy lentamente es verdad, se deposita una esperanza: la de que los seres humanos entendamos que si hay delitos contra la humanidad que quedan en la impunidad, así sean cometidos en el más alejado rincón del planeta o contra el más humilde de los seres, entonces todos estamos en peligro. A lo mejor estamos presenciando los primeros pasos de la configuración de un sistema jurídico internacional soportado

sobre la manida, pero nunca puesta en práctica, idea de que “todos somos responsables de todos”.

Colombia, entre otras cosas, tiene un lugar en este nuevo escenario. Por desgracia como eslabón de la cadena más fea de la globalización que son las industrias criminales. Por nuestras peculiares condiciones históricas y geográficas, en nuestro territorio tienen asiento nodos centrales de redes de tráfico de armas, de lavado de dólares, de tráfico de niños y niñas y, por supuesto, de narcotráfico. Esta dimensión tiene dos caras: en una, nos enfrentamos con la enorme responsabilidad de no haber tenido los arrestos morales para haber combatido decididamente (como nación y como Estado) y no dejar prosperar estas actividades; pero en la otra, está el que somos una de las poblaciones que más ha sufrido, como víctima, los altos costos económicos, ambientales, en desarrollo y vidas, que cuesta el funcionamiento de estas industrias. Tenemos nuestra parte de responsabilidad que es ineludible. Pero también es cierto que la erradicación de estos males es otro reto que debiera ser global, y los centros de poder internacional sencillamente se hacen los ciegos y evaden la suya propia.

América Latina dentro de este cuadro no puede estar más mal ubicada. La mayoría de los países de la región se constituyen en un ejemplo claro de que el modelo, tal como está diseñado, les es perjudicial. Aquellos países que han sido fieles a los mandatos de los centros del poder global están en bancarrota (incluida Colombia) y, en los que se han ensayado otras

fórmulas, el populismo y el autoritarismo se han vuelto receta.

En la actualidad queda la gran esperanza del triunfo del PT en Brasil. En los marcos de procedimientos democráticos, llega un partido al poder con una larga tradición de ejercicio de gobiernos locales en las principales ciudades brasileñas; a diferencia de otros países en donde los triunfos electorales son fenómenos sin ningún soporte organizativo previo, aquí estamos ante un partido organizado y con demostraciones de buen gobierno reconocidas mundialmente. Con temores, es verdad, pero en este hecho nuevo depositamos enormes esperanzas de que es posible en países del tercer mundo contar con regímenes democráticos que buscan poner al servicio de la gente las riquezas de un país.

Nuestras costumbres culturales, especialmente las paisas, son tremendamente localistas. Los tiempos que corren son una buena oportunidad para vincularse a los procesos solidarios que se vienen fraguando en muchos lugares del planeta. Hoy, la mayoría de nuestros problemas ya no tienen resolución en los marcos estrictamente locales. ¡Es perentorio conectarnos!

Un mundo cada vez más interconectado, en donde el más remoto rincón es peculiar y tiene a su disposición toda la riqueza cultural del planeta; un mundo en solidaridad y justicia para todos, necesariamente diverso y plural; un mundo multipolar es posible... pero ¡aún es un sueño! Ahí tenemos un desafío que debiera atravesar nuestro diario quehacer, el suyo y el nuestro. ①

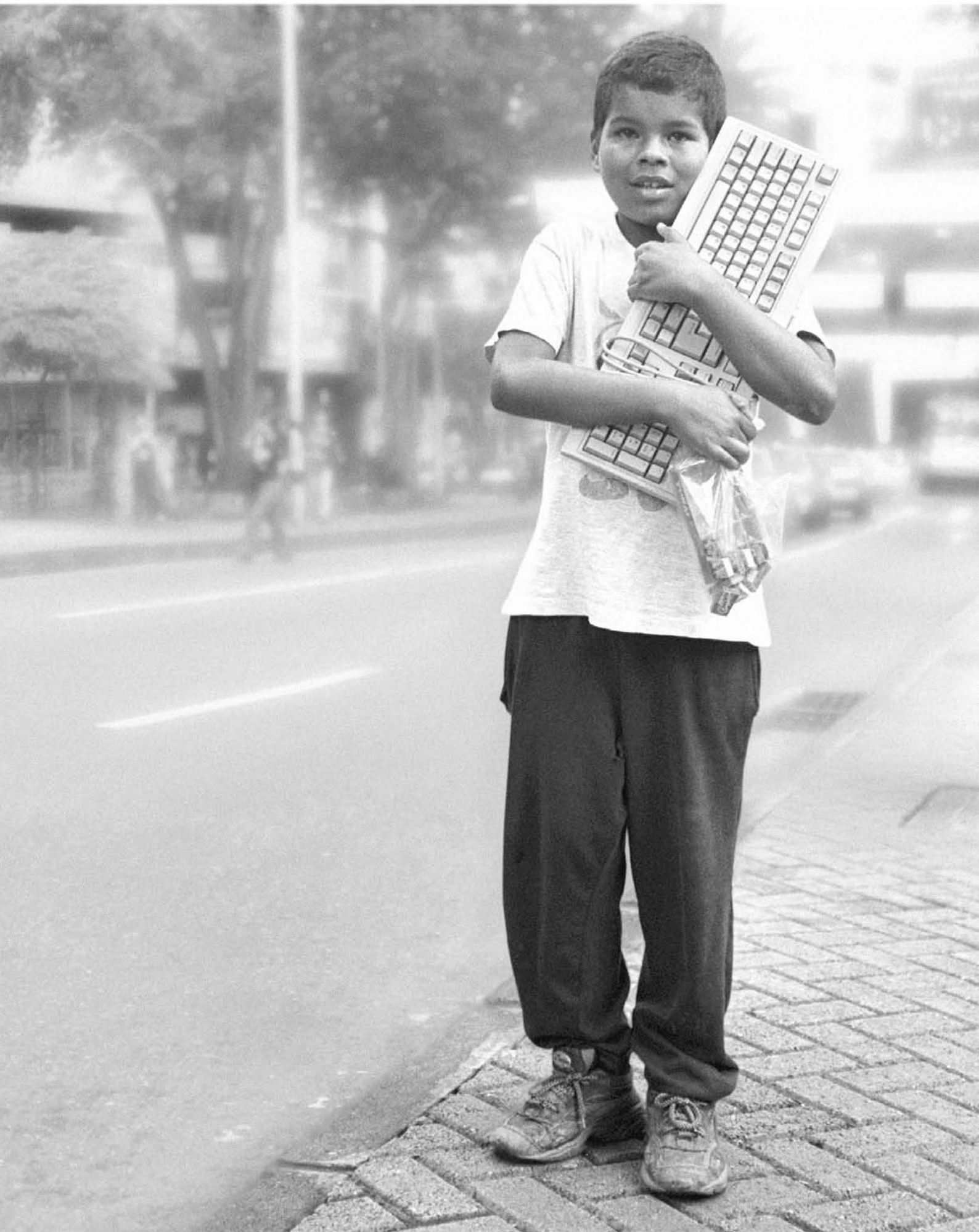


LA EDUCACIÓN EN UN MUNDO EN EL QUE SE PRODUCEN PROCESOS DE GLOBALIZACIÓN¹

José Gimeno Sacristán
Universidad de Valencia, España

“Una perspectiva que sobrepase el reduccionismo economicista y se fije en la dimensión cultural de la tendencia globalizadora nos pone de manifiesto las contradicciones y ambivalencias de las que se derivan retos nuevos para la educación. Educar para la vida es educar para un mundo en el que nada nos es ajeno” dice José Gimeno en su estudio *El significado y la función de la educación en la sociedad y cultura globalizada*.

De ese texto sólo publicamos el siguiente aparte pues no hemos podido superar el “reduccionismo presupuestal”. Sin embargo, puede leerse completo en www.region.org.co



Al constituir la educación un rasgo de la realidad de la economía, de la sociedad y de la cultura, podemos presuponer que se verá inevitablemente afectada por los cambios que suscitan los procesos de globalización, aunque no se pierden las referencias de carácter más local sobre las que venían actuando los sistemas educativos. El fenómeno que nos ocupa proyecta requerimientos y consecuencias varias y contradictorias sobre los sistemas educativos. De inmediato, son denunciados porque sus objetivos y prácticas resultan disfuncionales para la nueva situación (más de lo que ya lo era). Son a la vez requeridos para servir, bien a la ideología y dinámica globalizante, bien para resistirla.

Un primer efecto importante de la globalización desde los años 80, bajo la orientación ideológica y política neoliberal que tiene en el mercado su eje de referencia, ha sido la deslegitimación y el vaciado del Estado puesto al servicio de la satisfacción de los derechos básicos de las personas y, en particular, el de la educación en condiciones mínimas de igualdad. El resultado ha ido minando el discurso y las políticas del reparto de la riqueza que sustentan los sistemas públicos de educación. Al aumentar las desigualdades, se ha incrementado la pobreza que condena a la malnutrición y desprotección de la infancia, no ya en el Tercer Mundo, sino en las sociedades ricas, constituyendo lo que Hewlett² denomina una *orientación antiinfantil* de desatención a los niños. Las políticas neoliberales sostenedoras de un mercado globalizado han proyectado el economicismo en el que se apoyan los criterios acerca de lo que se entiende por calidad de la educación.

Han desplazado la política educativa, de ser un cometido del Estado, al ámbito de las decisiones privadas. Han devaluado al sistema educativo como un factor de integración e inclusión social, a favor del incremento de la iniciativa privada, de la ideología que busca un mayor acoplamiento del sistema escolar (los flujos de la población escolar, sus especialidades, sus *curricula*) al laboral y a las necesidades de la productividad económica, apoyándose y acentuando las desigualdades sociales. Para que la globalización no sea sólo de mercados y capitales, sino el origen de sociedades más prósperas, lo que se precisa potenciar son las políticas integradoras, no es incremento de las desigualdades excluyentes.

Otros efectos corrosivos del fenómeno que nos ocupa, en lanza con la política neoliberal se refleja en nuevas relaciones que se establecen entre las condiciones sociales, la educación y trabajo, en un mercado laboral que se vuelve precario y se desestabiliza. La precariedad repercute en el deterioro del ambiente familiar en el que viven los niños, en general, y supone como señala Chomsky (2001), una disminución del “tiempo de alta calidad” que los padres pueden dedicar íntegramente a la atención e interacción con los hijos.

Por otro lado, la volubilidad de las ocupaciones hace que las profesiones y los empleos, al cambiar con rapidez, pierdan el valor de ser unos referentes seguros para lograr y mantener la identidad y realización de las personas, así como su integración social (véanse Beck, 2001; Gortz, 1997 y Sennet, 2000). La educación sigue constituyendo un capital humano para la nueva sociedad —incluso se incrementa su valor para el desempeño de nuevas profesiones—, pero

es un capital que no se apoya en una moneda fuerte, cabría decir, porque el capital útil cambia de valor con rapidez: la educación tiene que dotar de capital a unos sujetos para reforzar y reconstruir una capacitación en ellos que se devalúa. Aunque es discutible si la nueva sociedad destruye más empleo que el que crea (véanse las tesis contrapuestas de Rifkin, 1996 y de Carnoy, 2001) la precarización del mercado laboral devalúa a los que disponen de menos capital. A la educación se le plantea el reto de preparar para no se sabe muy bien qué, al desconocerse qué saberes y competencias serán rentables en el futuro de los sujetos e “invertir” en ellas. Pedir al sistema educativo una mayor atención y adecuación a las necesidades de la sociedad es una pretensión cuyo triunfo socava las relaciones que pudieran haber existido entre la educación y el empleo (Gimeno 2001b), porque se está pidiendo una apuesta al servicio de la productividad y de la competitividad que exigen los mercados globalizados, al mudar rápidamente nos dejan sin referencias claras.

En un tercer plano, los procesos de globalización afectan a la educación porque inciden sobre los *sujetos*, los *contenidos* del currículum y las *formas* de aprender. El concepto y demarcación de lo que se viene entendiendo por cultura en las escuelas

1. Publicado en Revista de Educación Número Extraordinario. Madrid, 2001. Págs. 121-142. Algunas de las ideas expuestas en este trabajo han sido tratadas en: J. Gimeno Sacristán. *Educación y convivir en la cultura global*. Morata. Madrid, 2000.
2. En el informe de Unicef: *Child neglect in rich societies*. 1993.

en la nueva tesitura del mundo tiene que ser ampliando para que todos se sientan incluidos. Es necesario, por otro lado, comprender cómo las fórmulas básicas de transmisión de saberes se ven alteradas por la preeminencia que adquieren los canales de distribución de los saberes al margen de la educación formal. Esas dos exigencias tienen implicaciones muy directas para la ordenación del currículum y para formación de los profesores, que debería ser crítica, profunda y amplia. Los profesores no van a ser suplidos por las nuevas tecnologías, pero pueden quedar desbordados y deslegitimados en el nuevo panorama. En la sociedad de la información los profesores han de informarse más y mejor (Gimeno, 2001b), porque han de convertirse en mediadores que orienten, den criterio, sugieran y sepan integrar la información dispersa para los demás.

La cultura en un mundo global. Derivaciones para la educación

La cultura es dinámica porque la alteran los sujetos que se le apropiarian y subjetivan. Ha estado y seguirá estando sometida a procesos de globalización mucho antes de que se utilizase este concepto fundamentalmente referido a las relaciones económicas y mercantiles. Es más, la ruptura de las referencias locales, el salir e indagar fuera del medio que nos limita, conocer lo que hacen otros, la creación de redes de sujetos conectados entre sí, la expansión de determinados rasgos culturales (la música, por ejemplo), forman parte de la esencia de la cultura; y podría decirse que es, precisamente, en este campo donde primero se desencade-

nó un proceso como el que venimos comentando.

Lo que hoy se conoce como el fenómeno de la globalización acelera procesos existentes en la dinámica de las culturas, adquiriendo nuevas dimensiones. La comunicación entre culturas, la adopción y absorción de elementos culturales procedentes de otros, en ocasiones su imposición, la universalización de ciertas pautas de pensamiento y de comportamiento civilizatorios o la confrontación entre culturas distintas no son nuevos, sino que constituyen algo esencial en la tradición e historia de cada pueblo, así como también es una dinámica permanente en los individuos. No sólo es multicultural —diverso—, sino también cada cultura y cada individuo culturizado en cualquiera de ellas. Todo es impuro, mezcla e hibridación. Esta condición se manifiesta de múltiples formas, cuya mejor comprensión necesita de una distinción en lo que entendemos por cultura, pues éste es un término con una enorme ambigüedad.

Cultura en sentido clásico

En primer lugar, podemos distinguir una acepción de cultura en el sentido *clásico* y moderno que comprende el legado de la memoria histórica, que en buena parte está formada por la tradición codificada por medio de la escritura (junto a la realizaciones que conservamos del pasado y que llenan los museos y constituyen lo que se denomina como patrimonio cultural). Esta cultura “cultura” está formada por los logros más apreciados en cada momento, que van acumulándose, estructurándose y ordenándose en una serie de campos de saber, de saber hacer y de formas de expresión: las ciencias, las humanidades, las bellas artes,

así como las habilidades propias de cada campo que son precisas para penetrar, adueñarse e incrementar todos esos ámbitos de la cultura. Es el sentido de “lo culto”, a lo que, desde la Grecia y Roma clásicas, se le adjudicaba el poder de cultivar al ser humano (*paideia*), que tomaría después el humanismo a partir del Renacimiento europeo, ofreciendo un modelo de una “buena manera de ser”, y posteriormente la Ilustración.

Los componentes de esta cultura culta tienen su origen en un territorio y proceden de unos determinados autores, aunque no siempre identificados, pero se entiende que todas las aportaciones han pasado a constituir un legado anónimo valorado globalmente como positivo y digno de ser conservado, acrecentado y mejorado. Es una cultura que tiende a desterritorializarse y deslocalizarse, desde el punto de vista geográfico y social (nada más concederse el premio Nobel de literatura, por ejemplo, se traduce a otros idiomas si es que no lo estaba ya). Este modesto escrito lo hace un autor que, desde lo que ha aprendido de otros, ofrece una visión que será interpretada de nuevo por otros, no se sabe cuándo ni dónde, a condición de que dispongan de una lengua que practican gentes de culturas (ahora en sentido antropológico) diferentes. Permanecerá a disposición de una comunidad social, desde luego, es casi seguro que no llega a los que viven en Japón, por ejemplo. Esa comunidad es potencialmente tan amplia que nadie va a considerar que él, personalmente, pertenece a ella, sin embargo este trabajo sí que les

puede pertenecer.

El concepto de *multiculturalidad* no se suele referir a esta acepción de cultura, a no ser que de ese modo se aluda al hecho evidente de que existen y han existido diversas tradiciones en las manifestaciones literarias, artísticas, musicales, científicas, etc.; es decir, que no existe un solo canon, sino múltiples, pero con la peculiaridad de que, normalmente, desde cada uno de ellos se han dado pasos para acercarse a los demás, buscándose entre sí e interesándose por lo que sabe el “otro”. Quienes *cultivan* y han sido *cultivados* por este tipo de cultura, generalmente están inclinados a conocer al otro, a adueñarse de sus aportaciones, mestizarse con lo ajeno, a “copiar”, sin que por eso se vayan a perder todas las singularidades locales. Es así como la cultura se ha hecho heterogénea. Así ha funcionado el proceso en la literatura, en la utilización de estilos arquitectónicos, en las ciencias y en las tecnologías (los autores del atentado a las Torres Gemelas, no han tenido objeción alguna para apropiarse de la cultura tecnológica estadounidense). Esta cultura exige esfuerzo para apropiársela, lleva el sello de la tendencia universalizadora y utilizada por la educación, pretende dotar de una nueva naturaleza al ser humano.

La globalización de las culturas cultas, la aproximación a lo que se sabe de ellas (lo que han hecho, pensado, sabido hacer los demás, a su lengua, etc.) ha posibilitado el poder disponer de un amplio capital cultural a nuestra disposición que está en constante proceso de progresión. Somos potenciales beneficiarios de un gran legado potencial. A partir de

ahora va a ser muy determinante el *qué quiero* y el *qué puedo* de cada uno para explotar la información disponible. Pero la existencia de un capital cultural, no significa —como ocurre con el económico, utilizando la comparación que realiza Throby (2001)— que esté activo y, por lo tanto, disponible. Una gran riqueza cultural artística de un país, una gran tradición cultural, por ejemplo, puede quedarse inmovilizada si no se ponen los medios para poder hacerlas circular. Sin buenas bibliotecas y museos, sin medios eficaces de almacenamiento, clasificación y recuperación de almacenamiento, clasificación y recuperación de documentación, sin medios de divulgación de los tesoros culturales, con altos impuestos a la importación de libros, con precios abusivos para éstos, sin medios para adquirirlos, sin una política facilitadora de exposiciones, sin buenos informantes o mediadores (profesores, bibliotecarios, guías de turismo, etc.), de poco sirve el capital si queda inmovilizado. Es obvio que la existencia de un alto capital no significa por sí mismo que fluya espontáneamente y resulte accesible para que todos puedan “capitalizarse” con él. Las diferencias culturales, las desigualdades en cuanto a la posesión de los medios de acceso y la primera dotación de un capital cultural básico de los individuos, y las actividades y hábitos de éstos, hacen de la sociedad que globaliza la información una posibilidad que es una plataforma desigual para los distintos países, pueblos e individuos (Gimeno, 2001a). La sociedad de la información globalizada es hoy una realidad para unos pocos y una posi-

bilidad factible para otros pocos más. Para el resto es fuente de dominación y desigualdad.

Culturas nacionales

Un segundo sentido de la cultura, de origen alemán, utilizado por primera vez por Kant, y al que después se le prestaría máxima atención en el siglo XIX, es el que se refiere a aquélla como el conjunto de la experiencia, tradiciones, modos de vida, de expresión, de saber hacer y formas de ser de un pueblo o comunidad con las que se identifica desde fuera y con las que los individuos particulares se *identifican* como seres que les unen a otros y son de la misma cultura. Esta acepción es la que dio lugar a hablar de *culturas nacionales* y después a su acepción étnica o antropológica, que está detrás de las expresiones: “cultura alemana”, “cultura vasca”, “cultura guaraní”, “cultura rural”, “cultura cristiana”, etc.

En esta segunda acepción se amplían los ámbitos o contenidos de la cultura englobando rasgos y aspectos muy diferentes (entre los que caben los de la *cultura culta*, pues todo lo que no es pura naturaleza en el ser humano es cultura). Pero lo que resultará esencial es que la cultura adquiere una *referencia territorial* (tiene su origen, su arraigo y su expresión fundamentalmente en un territorio de limitado con más o menos precisión) y una *demarcación social* (referida al grupo de personas, a las que se las suele considerar como pertenecientes a esa cultura, aunque, generalmente, no sólo a ellos pertenece). Lo importante de esta acepción es que en torno a la cultura se constituye una comunidad social, una forma de pertenencia y unos vínculos con los demás. Al mismo tiempo se deli-

mita a “los otros”, que se ven como diferentes. Se acentúa así el aspecto vivenciado de la cultura y su papel en la construcción de la subjetividad. Ella va con los sujetos, con sus modos de vivir; gracias a ella se relacionan y comunican, constituyen comunidades, por medio de ella dan sentido a todo lo que acontece y les acontece a ellos. Vivimos de acuerdo con una cultura: con la que la hacemos nuestra.

La globalización opera respecto de esta segunda acepción de cultura de manera peculiar en las circunstancias actuales, tiene efectos contradictorios y es valorada de muy desigual forma. Señalaremos tres escenarios bien diferentes en los que ocurren procesos relacionados con la globalización de la cultura étnica.

Escenario I

En primer lugar, gracias a las comunicaciones a distancia y al intercambio de productos, los miembros de comunidades culturales distintas se pueden conocer unos a otros e intercambiar los rasgos, objetos, usos, etc., que les caracterizan sin necesidad de desplazarse. Determinados elementos de unas culturas se deslocalizan con mucha facilidad entre territorios y grupos sociales impregnando la vida cotidiana. Los procesos de hibridación que pueden tener lugar toleran que cada grupo cultural anclado en su territorio pueda seguir manteniendo una especificidad al tiempo que recibe y asimila influencias de otros, con lo cual la deslocalización de rasgos culturales tiene lugar, sin que apenas exista comunicación social entre grupos culturales. Es una muestra de la se-

paración entre lo cultural y lo social de la que hemos hablado. Se crean vínculos socioculturales cuando se comparten rasgos de cultura: cuando se habla un mismo idioma o se es de la misma religión, lo que deviene en tibios vínculos sociales que pueden propiciar otros contactos. Cada cultura local en sentido antropológico se contamina de otras, hasta el punto de no poder evitarlo, salvo que se prohíba ver, escuchar o saber acerca de otros.

Esos procesos no son nuevos. Se iniciaron con el correo, experimentaron un gran impulso con la difusión de la escritura gracias a la imprenta, continuaron incrementándose de manera exponencial con el telégrafo, el teléfono, la televisión, y ahora se amplían y aceleran más con las nuevas tecnologías aplicadas a la comunicación. La aceleración y extensión de estos procesos amplía el ámbito de irradiación de las influencias de las culturas dominantes en el mundo en red, incrementa los flujos de información, va contaminando e hibridando las culturas, de suerte que lo local, sin perder su identidad, se va enmarañando en esa red que nos acerca a otros y que nos pone también más directamente enfrente de ellos por las diferencias que nos separan. Se establecen proximidades y se aproximan las diferencias. Los conflictos raciales de base cultural, entre religiones y comunidades lingüísticas, por ejemplo, son muestras de confrontaciones provocadas por el “acercamiento” físico de sus portadores. Porque quienes se enfrentan, no lo olvidemos, son ellos y las acciones que emprenden, no las culturas. Los conflictos entre credos o los conflictos lingüísticos, lo son entre creyentes o entre hablantes por sentirse incompatibles con el “otro”.

Esta aproximación y comunicación entre culturas ha sido y es producto natural de los contactos naturales, la cual puede ser apreciada y querida no; aunque sabemos muy bien que también puede ser forzada, impuesta y agresiva.

Escenario II

Esa mezcla cultural sin intercambio social de tipo personal entre seres humanos es paralela a la que tiene lugar gracias a los desplazamientos que facilitan los medios de transporte, los intercambios comerciales, el turismo, el intercambio de especialistas o de artistas, gracias a las organizaciones internacionales, al trabajo en empresas multinacionales, etc., el visitante de otra ciudad y de otra cultura no sólo se abre a los otros, asimila de ellos, los puede conocer mejor, sino que se reconoce a sí mismo de otra manera. Al menos le provoca la evidencia de su propia identidad y que no está solo ni es el único en el mundo. Los abundantes y frecuentes desplazamientos provocan la deslocalización de las culturas gracias a que los individuos se desterritorializan, aunque sea en momentos puntuales de sus vidas. Se asientan de este modo las bases para desarrollar un cosmopolitismo en unos determinados sectores sociales que viven en forma real dentro de la globalización, se aprovechan de ella y la disfrutan. Pero estas posibilidades no debe hacernos olvidar que la mayoría de los humanos no puede ejercer ese cosmopolitismo, por lo cual les resultará difícil sentirse ciudadanos del mundo globalizado, si bien su vida quedará marcada, aún sin saberlo, por una realidad que les desborda y les afecta, aunque no los incluya.

Escenario III

La revolución industrial produjo el éxodo de la población desde los núcleos rurales hacia las grandes ciudades, provocando rupturas de raíces; desarraigos que supusieron cambios importantes para los desplazados, obligados a asimilar nuevos elementos y rasgos culturales de las sociedades de acogida. Fueron migraciones, en un principio, dentro de las zonas económicas relativamente homogéneas desde el punto de vista cultural, pues tenían lugar dentro de las fronteras de los Estados nacionales, aunque comenzaron a movilizar mano de obra “extranjera” (palabra que significa *extraño*). Ahora, la globalización económica a nivel mundial destruye el tejido productivo de pueblos y países enteros, provocando movimientos migratorios a mayor escala y hacia espacios más alejados culturalmente.

En ambos casos, trátase los desplazamientos voluntarios o de las migraciones forzadas, lo cierto es que el reconocimiento de que la multiculturalidad existe, ya no procede del hecho de saber que existen otras culturas a través de relatos de viajeros o de reportajes del *National Geographic*, sino que es una vivencia para los cosmopolitas que se desplazan, para los emigrantes forzados y para sus receptores.

La globalización cultural en este sentido tiene consecuencias ambientales que implican llamadas de atención contradictorias para la educación. Suponen posibilidades de acceder y de enriquecerse con lo ajeno, de revisar y relativizar lo

propio, adquirir nuevas competencias, estímulos que complementan y mejoran la cultura escolar, etc. La recomendación sería hacer todo lo necesario por extender el conocimiento acerca del otro y profundizar en él.

En la medida que la mezcla tenga carácter masivo, sea impuesta, forzada, compulsiva o traumática, puede provocar alteraciones de la identidad de las personas, desarraigos, inseguridad y sometimiento, lo cual se traduce en una globalización moralmente negativa que suele ser agravada para quienes la padecen por el rechazo de las sociedades receptoras. Al lado de esto, la pérdida de la variedad cultural que de la que se suele culpar a la globalización nos parece que es una objeción de segundo orden, puesto que hay variedades culturales que sus poseedores son los primeros que desean desprenderse de ellas y poder vivir más dignamente o de otra manera. La heterogeneidad cultural no es un bien en sí mismo, como tampoco lo es la diversidad biológica en términos absolutos (¿Quién salvaría a ciertos virus si pudiésemos suprimirlos?). Lo importante de la diversidad es que hay seres humanos viviéndola y ellos son dignos de respeto al vivirla, tolerando su diversidad. No ha de fomentarse o preservarse la heterogeneidad con políticas y prácticas dedicadas a ello, sino dejar que las opciones continúen evolucionando sólo que ahora se conocen más entre sí. Para juzgar las pérdidas de la heterogeneidad es necesario preguntarles a los poseedores si se sienten libres de hacerlo o si son mutilados por dejar unos rasgos culturales y adoptar otros. El ser humano es la medida de las cosas y también de las culturas.

La educación puede seguir circuns-

crita a su pretensión genuina de cultivar y desarrollar con sus prácticas los contenidos deducidos del sentido “culto” de la acepción de cultura, pero está operando siempre con sujetos transformados por los procesos que están teniendo lugar en este segundo sentido de la cultura, pues ésta es la base antropológica del ser humano. Se trata de procesos que no tienen en las escuelas el escenario principal de su realización, sino en la calle, en el trabajo, en las iglesias y en los medios de comunicación. A las escuelas les llegan los conflictos y, como espacio social que son, ellas son también escenarios de las relaciones interculturales entre grupos de clase social, religión o etnia diferentes. En los casos de choque cultural, la multiculturalidad es un reto a abordar con carácter de urgencia.

Cultura de masas

Finalmente, se maneja un tercer sentido de la cultura: la de masas, que hace alusión a una mezcla de componentes ampliamente extendidos entre la población: de símbolos, objetos, actividades culturales de ocio, asistencia a espectáculos, adquisición de elementos artísticos o expresivos que se popularizan (literatura popular, los best sellers, cine, grabaciones musicales ampliamente divulgadas, productos publicitados, artesanía, etc.). Los medios de comunicación de masas podrían considerarse por antonomasia como los instrumentos que crean y difunden una cultura en la que se mezclan y fusionan contenidos correspondientes a otras culturas (en sentido étnico).

Estas tres acepciones de cultura no pretendemos que se entiendan como categorías totalmente autónomas e independientes entre sí, pues sus contenidos o significados se entrecruzan. Así, por ejemplo, determinados elementos de la cultura clásica, como puede ser un cuadro de Murillo, se incorporan como objeto de referencia de una forma de ser religiosa de un pueblo y pasan a ser imágenes decorativas populares en los calendarios tradicionales. Lo mismo que una escultura móvil de Calder es imitada de mil formas que se ofertan en los mercados callejeros. Determinadas esculturas de Picasso (producto cultural culto) podríamos confundirlas con otras figuras africanas (producto popular étnico) que se ofrecen en esos mismos mercados, si el objeto culto no apareciese en el contexto de un museo, mientras que las populares se nos muestran en el suelo, al pie de sus vendedores. En realidad se producen continuidades, solapamientos y préstamos entre las diferentes acepciones de la cultura. Como afirma Serres (2001), la cultura es porosa y no tiene fronteras delimitadas. La anunciada batalla entre lo local y lo global, la que se establece entre un sentido de cultura como caracterizadora de un grupo humano determinado y una cultura global mercantilizada que anegaría todo y arrasaría con la diversidad, es la expresión —según este autor— de un temor que expresa una profunda incompreensión de lo que es el espacio cultural.

Algunas claves para rehacer el proyecto de la educación

Si consideramos que la educación debe seguir proponiendo modelos de ser humano y de sociedad, sin limi-

tarse a adaptarse a las demandas del momento (lo que no significa desconsiderarlas), no podemos quedar a la espera de lo que se nos demande desde el exterior y reclame el mercado, sino que deberemos defender una determinada actitud comprometida con un proyecto democráticamente elaborado, que sirva a un modelo flexible de individuo y de sociedad. Si consideramos que la tendencia que venimos discutiendo, como otras, deben ser gobernadas por la sociedad que no ve en todo esto una fatalidad o una condición inexorable —al menos tal como funciona—, sino que se pueden tomar las riendas del proceso, entonces deberemos plantearnos qué podemos hacer en educación, qué ciudadano hay que formar, en qué condiciones, qué cultura es preciso facilitar, para qué tipo de sociedad, para qué mundo laboral, etc., es decir, debemos partir de la intuición de lo que debería ser una sociedad convenientemente globalizada. Lo cual no es nada fácil, considerando que son, precisamente, las instituciones educativas unas de las deslegitimadas y relegadas por la dinámica de globalización. Es necesario rescatar la idea de que los sistemas de educación han de estar al servicio de un tipo de sociedad aceptable; principio que ha sido erosionado con la decadencia de los sistemas públicos. Sino hay un proyecto general, mal puede darse una respuesta coherente a la nueva situación. La globalización, configurando realidades más complejas y nuevas fuentes de desigualdad, necesita de más intervención para “domesticarla” en beneficio de todos, no abstenerse como si fuese un proceso desencadenados por extraterrestres. ①

Bibliografía

- APEL, K.O. Globalización y la necesidad de una ética universal. En: Debats, 66 (1999). Págs. 49-67.
- BECK, U. ¿Qué es la globalización? Paidós. Barcelona, 1998.
- . Un nuevo mundo feliz. Paidós. Barcelona, 2001.
- CARNOY, M. El trabajo flexible. Alianza. Madrid, 2001.
- CHOMSKY, N. La (des)educación. Crítica. Barcelona, 2001.
- GIMENO, J. Educar y convivir en la cultura global. Morata. Madrid, 2001a.
- . Conocimiento, escolaridad y vida activa. En: LÓPEZ, A. Y HERNÁNDEZ ARISTU, J. (Comp): Jóvenes más allá del empleo. Nau Llibres. Valencia, 2001b. Págs. 63-89.
- . ¿Debe informar la escuela en la sociedad de la información? En: Investigación en el escuela, 43 (2001c). Págs. 15-25.
- GORZA, A. Metamorfosis del trabajo. Ediciones Sistema. Madrid, 1997.
- MORIN, E. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Nueva Visión. Buenos Aires, 2001.
- RIFKIN, J. Fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era. Paidós. Barcelona, 1996.
- SENNTT, R. La corrosión del carácter. Anagrama. Barcelona, 2000.
- SERRES, M. Cultura globalizada y cultura global. En Le Monde Diplomatique, 71 (2001).
- THROSBY, D. Economía y cultura. Cambridge University Press. Madrid, 2001.